

Comunicación y cambio social en los orígenes de las ideologías políticas modernas

Joan PEDRO CARAÑANA

Universidad Complutense de Madrid (España)

joan.pedro@pdi.ucm.es

Begoña BALLESTEROS CARRASCO

Universidad Complutense de Madrid (España)

begoballesteros@ccinf.ucm.es

Daniel FRANCO ROMO

Universidad Complutense de Madrid (España)

dfrancoromo@ccinf.ucm.es

Resumen

El artículo analiza los vínculos entre el cambio social y la comunicación pública en el pensamiento de John Arbuthnot, Thomas Jefferson y Karl Marx, autores que se encuentran en el origen de las tres ideologías políticas características de la modernidad: conservadora, reformista y revolucionaria, respectivamente. Se pone de relieve su posición frente al cambio, su proyecto de sociedad y los actores sociales protagonistas, todo ello en relación con el papel que otorgan a la comunicación en dichos procesos.

Palabras clave: Comunicación; cambio social; modernidad; conservadurismo; reformismo; pensamiento revolucionario.

Communication and Social Change in the Origins of Modern Political Ideologies

Abstract

This article analyses the links between social change and public communication in the thought of John Arbuthnot, Thomas Jefferson and Karl Marx, authors who are at the origin of the three political ideologies characteristic of modernity: conservative, reformist and revolutionary, respectively. It highlights their stance on change, their social project and the leading social actors they identify, all in relation to the role granted to communication in these processes.

Key Words: Communication; social change; modernity; conservatism; reformism; revolutionary thought.

Referencia normalizada:

Pedro Carañana, J.; Ballesteros Carrasco, B. y Franco Romo, D. (2013) Comunicación y cambio social en los orígenes de las ideologías políticas modernas. *Historia y Comunicación Social*. Vol. 18. Nº Especial Noviembre. Págs. 789-799.

Sumario: 1. Introducción. 2. Metodología. 3. Análisis. 3.1. El uso de la mentira y el mantenimiento del orden social. 3.2. La función ambivalente de la prensa en el reformismo: entre el autogobierno y el control social. 3.3. La libertad de prensa y la transformación revolucionaria de la sociedad. 4. Conclusiones. 5. Referencias bibliográficas.

1. Introducción

La comunicación pública, sus instituciones, actividades y herramientas, pueden promover, frenar o acelerar procesos de cambio en una sociedad. Mediante la difusión de lo que acontece, se da forma a las visiones del mundo compartidas que facilitan la cohesión social y, al mismo tiempo, también se suscitan nuevas representaciones colectivas que pueden llevar al cuestionamiento del orden establecido y a su eventual transformación.

Este artículo explora ese vínculo entre la comunicación y el cambio social en un marco histórico concreto: aquel en el que se constituye la era moderna. Un amplio periodo que incluye la revolución inglesa finalizada en 1688, la revolución americana de 1776, la revolución francesa de 1789 y la posterior etapa de revueltas sociales en las primeras décadas del siglo XIX en diversos países europeos. Es un momento de la historia tremendamente convulso en cuanto a cambios sociopolíticos. El capitalismo y su burguesía desputan como forma dominante de organización social; los reyes y aristócratas luchan por seguir conservando sus privilegios y autoridad; las clases populares, crecientemente organizadas, amenazan con rebelarse frente a los poderes tanto del viejo régimen como de la nueva clase capitalista.

Es en este contexto donde toman forma las tres grandes ideologías políticas de la modernidad: la conservadora, la reformista y la revolucionaria (*vid.* Wallerstein, 1995), cada una con una manera particular de enfocar el cambio social. Los conservadores se oponen a cualquier nuevo cambio estructural, por miedo a que éste sea protagonizado por las clases populares. Los reformistas aceptan los cambios sociopolíticos, incluso ampliando libertades, pero controlándolos para seguir conservando el poder. Los revolucionarios pretenden acelerar la transformación del orden social, buscando un cambio más profundo en este *statu quo* establecido por la burguesía. Todos ellos atribuyen algún papel a la comunicación en la materialización de su proyecto de sociedad. Aproximarse a cuál era ese papel constituye el principal objetivo de este artículo.

La implicación de la comunicación en la génesis y evolución de las sociedades modernas es una cuestión que ha preocupado de manera creciente a las ciencias de la comunicación. Por un lado, es abundante la bibliografía que, desde el ámbito de la historia, ha analizado el papel que sobre todo la prensa ha jugado en el periodo histórico acotado en este artículo (*vid.*, por ejemplo, Barbier y Bertho, 1996; Bordería, Laguna y Martínez, 1996; Briggs y Burke, 2002; Levy, 2004; Pizarroso, 1994; Timoteo, 1991). Por otro lado, cada vez ha ido ganando más importancia el campo teórico dedicado a estudiar las relaciones entre sociedad y comunicación, sobre todo a partir del siglo XX, llegando incluso a constituirse una línea de investigación específica bajo el rótulo de “comunicación para el cambio social” (*vid.* una visión panorámica en Gumucio-Dragon y Tufte, 2006). Este artículo quiere analizar cómo se concebían ya esos vínculos sociocomunicativos en los autores que se ubican en el origen de las tres ideologías descritas anteriormente.

2. Metodología

Para identificar la manera en la que se concibe la comunicación pública en las ideologías de la modernidad, se han analizado los siguientes tres autores:

- Para la corriente conservadora, se han revisado las aportaciones de John Arbuthnot en un texto titulado “El arte de la mentira política” (1712), atribuido en ocasiones a Jonathan Swift. Ambos autores están considerados entre los primeros pensadores del conservadurismo moderno.
- Para la corriente reformista, se han estudiado algunos escritos de Thomas Jefferson, uno de los Padres Fundadores de Estados Unidos.
- Y para la corriente revolucionaria, se han repasado dos trabajos de Karl Marx, su principal representante, sobre la libertad de prensa: “Los debates sobre la libertad de prensa y la publicación de los debates de la Dieta” (1842) y “Observaciones sobre la reciente instrucción prusiana acerca de la censura” (1843).

Hay que recalcar, en todo caso y como hace Wallerstein (idem: 75), que “ninguna de las tres ideologías ha encontrado nunca una versión definitiva. Por el contrario, cada una de ellas parece haber surgido en tantas formas como ideólogos ha tenido”. Por tanto, el criterio de selección escogido busca “ilustrar” las ideas que sobre la comunicación tiene algún destacado representante de cada corriente. Pero no se trata, en ningún caso, de “sintetizar” ni agotar exhaustivamente la enorme diversidad de autores, ideas y matices, a veces enfrentados entre sí, que contiene cada una de esas concepciones, tarea que excede las pretensiones de este trabajo.

Se ha procedido a un análisis de contenido para identificar, en cada caso:

- Primero, la manera en la que se entiende el cambio, el modelo de sociedad que se defiende y los actores a los que se concede el protagonismo social.
- Segundo, el papel que otorga cada autor a la comunicación en la consecución o mantenimiento de ese modelo de sociedad.

Los resultados del análisis se exponen en el siguiente apartado.

3. Análisis

3.1. El uso de la mentira y el mantenimiento del orden social

Entre 1642 y 1688 Inglaterra vive un enfrentamiento histórico entre el absolutismo del rey (apoyado por la aristocracia) y una burguesía ascendente, partidaria del poder parlamentario. Después de las tres guerras civiles que se suceden en ese periodo de tiempo, la monarquía logra restaurarse, pero bajo un sistema de gobierno representativo y democrático. La clase burguesa (de ideología puritana y defensora de las

libertades que comportaba el desarrollo del capitalismo) consiguió así ponerle coto a los privilegios del rey y de la nobleza.

Esta experiencia sirvió para mostrar el poder que podían tener los movimientos revolucionarios y la necesidad de conservar ese poder para que no se extendiese más allá de la burguesía. De hecho, como señala Hill (1972: 385), tras restablecerse la monarquía en Inglaterra, comienza a practicarse una censura estricta donde los “formadores de opinión (...) se autocensuraban” y “no se imprimía nada que atemorizase a los hombres con propiedades”. Es entre finales del siglo XVII y principios del XVIII cuando puede ubicarse, por tanto, a los primeros representantes del pensamiento conservador moderno. Hombres como Jonathan Swift, David Hume o John Arbuthnot, preocupados por contener cualquier nuevo cambio sociopolítico que despojase a los burgueses de su reciente poder adquirido.

En ese contexto, los políticos conservadores fueron conscientes de que controlar la difusión de ideas y noticias era esencial para mantener el orden social, haciendo que las masas pensasen o actuasen en consonancia con los intereses de los gobernantes. La relevancia dada a las tareas comunicativas quedó reflejada, sobre todo, en su preocupación por el buen uso de la mentira, a la que Swift (1710: 71) definió como herramienta capaz de “conquistar reinos sin guerrear, y aún perdiendo alguna batalla”.

De hecho, uno de los escritos que mejor refleja esta concepción conservadora de la comunicación es “El arte de la mentira política” de John Arbuthnot. Atribuida en ocasiones a Swift (de quien era amigo y con quien compartía ideas políticas), la obra aborda la conveniencia y legitimidad de emplear falsedades para gobernar al pueblo inglés y ofrece consejos prácticos sobre cómo crearlas y difundirlas. Se trata de un texto que aboga por evitar, desde el paternalismo, nuevos cambios sociales provenientes de las clases populares. La burguesía y su monarquía parlamentaria recién instaurada deben consolidarse gobernando a las masas sin riquezas, ni tierras, ni formación. Y en esa tarea de gobierno cualquier procedimiento comunicativo está justificado si contribuye a evitar el cambio social, incluido el uso de la mentira política. Mentir es, para Arbuthnot (1712: 31), el noble arte de “*hacer creer al pueblo falsedades saludables y hacerlo a buen fin*”, entendiendo por “buen fin” aquel que considere el político en cada momento. Es más, los gobernados tienen derecho a conocer la verdad en algunas parcelas de su vida privada (con sus relaciones cercanas o familiares), pero no poseen el derecho a la verdad política: “El pueblo no tiene derecho ninguno a pretender ser instruido en la verdad de la práctica del gobierno, como tampoco tiene derecho a pretender poseer grandes patrimonios, tierras o casas señoriales” (ídem: 35). Se entiende así que, para este autor, el arte de mentir (o *pseudología*) cumpla una *función social* merecedora de ser institucionalizada: además de tener que conocerse correctamente sus normas de funcionamiento, la mentira es una actividad para la que se tendría que crear un club o sociedad a partir de “pequeñas agrupaciones de mentirosos” (ídem: 53) y dirigida por los jefes de cada partido con personas bien preparadas.

Por otro lado, la existencia de mentiras “legítimas” y “saludables” se corresponde con una concepción muy particular de la naturaleza humana. Para Arbuthnot, una parte del alma posee una tendencia intrínseca a la mentira y una querencia por lo malicioso, alimentada por el “placer que nos produce encontrar hombres más ruines, cobardes, despreciables y desgraciados que nosotros mismos” (ídem: 31). No en vano, el pueblo está privado de la verdad política, pero tiene tanto derecho como las clases gobernantes a mentir.

La mentira está así al alcance de todos, puede expandirse con velocidad pasmosa y perdurar apenas unas horas o a lo largo de siglos. Por ello, debe ser cuidadosamente manejada por parte de quienes dirigen el país. El texto de Arbuthnot es, entre otras cosas, un recetario para crear y difundir falsedades con la mayor eficacia posible. Por ejemplo, para todos los tipos de mentiras que se pueden elaborar -calumniosas, exageradas o por traslación (ídem: 39)-, el autor recomienda el uso de cierta prudencia que dote de credibilidad al bulo. Es decir, sin “inventar cosas directamente opuestas a las cualidades conocidas de aquellos a los que se quiera calumniar” (ídem: 45).

En definitiva, este uso maquiavélico de la mentira en la comunicación pública se constituyó como el más eficaz ante la posibilidad de nuevas revueltas sociales que arruinasen el equilibrio conseguido entre una burguesía ascendente y una monarquía limitada por el parlamento desde finales del siglo XVII.

3.2. La función ambivalente de la prensa en el reformismo: entre el autogobierno y el control social

Durante la revolución americana de 1776 y el periodo postrevolucionario, los líderes del país emergente fueron dividiéndose en dos corrientes. En palabras de Thomas Jefferson (1824: 338), había una corriente de “demócratas”, que se “identifican con el pueblo, confían en él, lo estiman y lo consideran el depositario más honesto y seguro del interés público, aunque no siempre el más sabio”, y otra de “aristócratas”, que “temen y desconfían del pueblo y desean quitarle todos los poderes para concentrarlos en manos de las clases altas”. Jefferson fue el más eminente representante de los demócratas, aunque sus palabras y sus políticas se caracterizaron por un cierto dualismo. Defendió las ideas de autogobierno y autogestión, pero también apostó por el control social y el autoritarismo de las clases dominantes. Jefferson expuso una visión del cambio social liberal-ilustrada, con importantes componentes libertarios, lo que le llevó a oponerse al desarrollo de las relaciones de propiedad capitalistas, controladas por grandes corporaciones industriales en alianza con el Estado. Quiso que las reformas sociales asegurasen los principios democráticos recogidos en la Constitución (1787), de la que fue el autor principal. Se preocupó por el derecho a la educación, a la información, a la igualdad, a la libertad y a la felicidad. Sin embargo, Jefferson también abogó por el control ideológico de la sociedad para que se adaptase a su proyecto republicano, especialmente cuando se encontraba en el poder. Creía que las personas más capacitadas y formadas en los principios republicanos debían liderar las reformas sociales para que fuesen llevadas a cabo sin la interferencia de la muchedumbre ignorante.

La concepción jeffersoniana del periodismo está estrechamente vinculada con esta ambivalencia. Concebía la prensa como un cuarto poder que, manteniendo a la población bien informada, serviría para salvaguardar el gobierno justo y la libertad de los abusos de los cargos públicos. Según Jefferson (1816), los derechos “no pueden estar seguros con las personas cuando no tienen información”, mientras que “cuando la prensa es libre, y todo hombre capaz de leer, todo está seguro”. Pensaba que la prensa es un “censor formidable de los funcionarios públicos”, ya que, “colocándolos en el tribunal de la opinión pública, produce la reforma pacíficamente, la cual, de otro modo, debe hacerse mediante la revolución”; además, “es el mejor instrumento para iluminar la mente del hombre, y mejorarle como un ser racional, moral y social” (ídem, 1823: 489). Para Jefferson, no había duda de que “si la gente está bien informada, se puede confiar en su gobierno propio” (ídem, 1789: 420) ni tampoco de que “nuestra libertad depende de la libertad de prensa, y ésta no puede ser limitada sin ser perdida” (ídem, 1786).

Al contrario de lo que sugiere esta última cita, Jefferson sí que estableció límites claros a la propuesta democrática y a la libertad de expresión. El líder estadounidense defendió principios elitistas basados en el gobierno de los ricos y sabios. Frente a la “aristocracia del papel” de los federalistas, Jefferson apoyó la idea de una “aristocracia natural”, compuesta por hombres cultos e inteligentes de buena posición, como él mismo, que defendiesen la libertad y los derechos de propiedad de la amenaza que, según Jefferson, representaban los pobres, los ignorantes y los esclavos. Jefferson (1787: 291) desconfiaba de “las turbas de las grandes ciudades” que, con sus “modales y espíritu” en “degeneración”, suponían un riesgo al gobierno republicano, a la constitución y a las leyes. Los líderes se encargarían de implementar las reformas desde arriba para evitar que el pueblo pudiese guiar su propio camino. Jefferson trató de acallar el debate sobre la independencia, estableciendo límites precisos a la libertad de expresión. Según Levy (2004: 173), no aceptaba diferencias de opinión serias ni “ninguna alternativa a la sumisión completa a la causa patriótica”. Jefferson y los demás líderes creían que era demasiado arriesgado tolerar la divulgación de las ideas pro-monárquicas y pro-británicas, la defensa del derecho a la independencia de los estados individuales o las críticas al gobierno y al proyecto republicano.

Su visión, recogida en la Constitución, era que los estados tenían el “derecho exclusivo” a “controlar la libertad de prensa” (Jefferson, 1804). Correspondía a los gobiernos estatales, y no al gobierno federal ni a ninguna otra fuerza política, “el derecho de juzgar hasta qué punto lo licencioso de la expresión y de la prensa puede ser limitado sin menoscabar su libertad útil” (ídem, 1798). A diferencia de la corriente conservadora, Jefferson abogaba por la libertad con responsabilidad, oponiéndose a las difamaciones, las calumnias y la falsedad. Pero la difamación punible también abarcaba las críticas, “profundamente lamentables”, a su presidencia y a la nación, pues “las naciones, como los individuos, desean disfrutar de una reputación justa” (ídem, 1805). Por tanto, añadía, “es conveniente para nosotros que las calumnias contra nuestro país, difundidas por viajeros contratados o con prejuicios, sean corregidas” (ídem, 1811: 69). En definitiva, Jefferson comprometió sus ideales democrá-

ticos por su celo patriótico, lo que le llevó a concebir la comunicación como un vehículo para inculcar los valores y las ideas de la república americana, unas veces ilustrados y democráticos, otras aristocráticos y autoritarios.

3.3. La libertad de prensa y la transformación revolucionaria de la sociedad

Socialistas utópicos como Claude-Henri de Saint-Simon, Robert Owen o Charles Fourier; anarquistas como Pierre-Joseph Proudhon o Mijaíl Bakunin; y comunistas como Karl Marx o Friedrich Engels son, como se sabe, algunos de los nombres más destacados que protagonizaron, en los dos primeros tercios del siglo XIX, los primeros debates del pensamiento revolucionario moderno. Desde el punto de vista del cambio social, define a esta corriente la crítica y el propósito de superación del capitalismo.

La obra de Marx constituye, en este sentido, la teoría más elaborada sobre el devenir del capitalismo, sobre sus fundamentos y sus límites. Marx sostiene que las contradicciones constituyen el motor de los cambios históricos. Si se pone el foco en los actores sociales, son dos clases antagónicas las que encarnan la naturaleza contradictoria de esa formación social: la burguesía, que posee el capital y los medios de producción; y el proletariado, que debe vender su fuerza de trabajo para obtener sus medios de vida. La lucha entre ambas clases se dirime por la apropiación de la plusvalía, riqueza excedente creada por el trabajo de la población asalariada que el capitalista reclamará en proporciones cada vez mayores si quiere sobrevivir.

En ese antagonismo entre clases, Marx ubica la posibilidad de transformar radicalmente la sociedad cuando los trabajadores se enfrenten al poder burgués. Pero el proceso no es sencillo: en el control social, también juegan un papel importante las mentalidades de las personas y las visiones del mundo compartidas, elementos que no pueden ser obviados a la hora de plantear estrategias de cambio. De hecho, Marx ya muestra interés por la función social de la prensa en sus primeros textos periodísticos, bastantes años antes de que sus ideas comenzasen a sistematizarse en una teoría. Precisamente, fue su labor como periodista la que le confrontó directamente con las desigualdades sociales y la que, a la postre, resultó clave en la evolución de su pensamiento desde posiciones idealistas (herederas directas de su formación ilustrada) a una concepción materialista de la historia.

Marx identificó desde muy pronto la censura como una de las trabas que el gobierno prusiano ponía al desarrollo de la democracia. Eran los años en los que, a la vez que el país avanzaba en su industrialización, Federico Guillermo IV iniciaba su reinado con un talante marcadamente conservador y trataba de frenar cualquier atisbo de avance social. En ese contexto, las ideas progresistas que pudiesen influir en la opinión pública también debían ser neutralizadas. El propio Marx no tardó en padecer la censura en su labor al frente de la *Gaceta Renana*, durante los años 1842 y 1843. La libertad de prensa, o más bien la ausencia de ella, aparece así como una de sus principales preocupaciones en varios de sus primeros artículos.

En ellos, rebate los argumentos que sostenían la necesidad de la censura, incluso para defender precisamente la libertad de prensa. Marx considera que esta cuestión refleja la escisión entre los poderes políticos del momento y las necesidades del conjunto de la población. Esa colisión entre los derechos de una minoría, que controlaba el Estado, y los intereses de la mayoría se manifestaba en la pretensión política de orientar, mediante la censura, “el más alto de los intereses de los ciudadanos, que es *su espíritu*; (...) no sólo la conducta de los ciudadanos individuales, sino incluso el comportamiento del espíritu público” (Marx, 1943: 44).

Cuando se institucionaliza la censura, la libertad de prensa se convierte en un derecho restringido sólo a unos pocos. Con una prensa censurada, el gobierno “sólo escucha *su propia voz*, sabe que no oye más que lo que él mismo dice” (ídem, 1942: 108). Precisamente, para Marx la cuestión central era convertir ese derecho minoritario en algo de todos: “Se pregunta si la libertad de prensa debe ser el privilegio de algunos o el privilegio del espíritu humano. Se pregunta si la falta de derechos de uno debe ser el derecho de otros. Se pregunta si la *libertad del espíritu* tiene mayor derecho que la *libertad contra el espíritu*” (ídem, 1942: 95).

Marx consideraba que la universalización de este derecho resultaba clave para que la prensa pudiese jugar un papel decisivo en la transformación de la sociedad, como había pasado en otros países europeos. Una prensa libre podría convertirse en “el ojo siempre vigilante del espíritu del pueblo, (...) el nexo expresado en palabras que une al individuo con el Estado y con el mundo, la cultura incorporada que esclarece las luchas materiales como luchas espirituales e idealiza su tosca forma material” (ídem, 1942: 105). Marx fue consciente desde muy joven de que la revolución social sólo sería posible si se actuaba simultáneamente sobre las condiciones materiales de existencia y sobre la conciencia de las personas: “¿Acaso la revolución tiene que empezar manifestándose de un modo *material*? ¿Golpeando en vez de hablar? (...) La revolución de un pueblo es *total*; es decir, cada esfera se revoluciona a su modo, ¿por qué no también la prensa en cuanto prensa?” (ídem, 1842: 83). Ideas que contienen ya el germen de formulaciones posteriores más elaboradas, referidas a las relaciones de interdependencia entre la *base* (“material”) y la *superestructura* (“espiritual”) de la sociedad y que constituyen uno de los puntos de debate clásicos dentro del marxismo.

4. Conclusiones

Los autores revisados coinciden, como se ha visto, en que la difusión de lo que acontece es un elemento crucial en los procesos de cambio y control social. Quizá por la convulsión que distingue a la etapa histórica en la que se sitúa el análisis, las tres posiciones ideológicas parecen plenamente conscientes del poder que tiene la información pública (sea cierta o falsa) para gobernar a la mayoría o para el logro de determinadas transformaciones sociopolíticas.

Sin embargo, el análisis realizado también ha mostrado que existen diferencias entre unos autores y otros. Sus divergencias se sitúan, sobre todo, en la concepción más o menos restrictiva que tienen, según el caso, del derecho a acceder a la información que concierne a la colectividad.

En el seno del conservadurismo, Arbuthnot consideraba que las clases populares, sin riquezas ni títulos, no eran aptas para ejercer la política. Por tanto, debían ser deliberadamente apartadas de las verdades del gobierno. Les negaba, por ello, el derecho a la verdad política y no era partidario de extender al conjunto de la población las libertades respecto a lo que se podía conocer o difundir.

En cambio, la concepción de Jefferson se distingue por un dualismo congruente con la idea reformista de ampliar algunas libertades controlando la posibilidad de una eventual revolución de las clases populares. Por ello, al mismo tiempo que defendió una prensa capaz de fiscalizar al gobierno, excluyó a los pobres, a los esclavos y a los ignorantes de la posibilidad de guiar al país en la dirección adecuada. La reforma social debía ser liderada por hombres cultos provenientes de las élites, que mediante la información y la educación inculcarían al resto los valores de la Unión, mientras que las opiniones críticas con la causa patriótica debían ser silenciadas.

Marx, finalmente, planteaba ya en sus primeros textos periodísticos -cuando su pensamiento revolucionario todavía no estaba plenamente desarrollado-, la necesidad de que la libertad de prensa fuese para todos y no sólo para unos pocos. Consideraba que se trataba de un derecho superior al de la censura, puesto que la libertad siempre debe ser un valor superior a la falta de libertad. Y, además, creía que una prensa libre era una condición necesaria, aunque no fuese suficiente, para que pudiese llevarse a cabo una revolución social *total*, en la que se transformasen conjuntamente las condiciones materiales y la conciencia de las personas.

Estas ideas pueden parecer hoy demasiado evidentes. El estudio de las relaciones entre la comunicación y el cambio y el control social requiere, obviamente, de análisis más complejos que hace dos siglos, acordes con el desarrollo que ha experimentado el propio objeto de estudio. Pero los autores revisados tienen, a nuestro juicio, el valor de haber identificado la importancia que la comunicación iba a jugar en las sociedades modernas, en un momento en el que no resultaba fácil vislumbrar el desarrollo que posteriormente han alcanzado los sistemas comunicativos.

5. Referencias bibliográficas

- ARBUTHNOT, J. (1712). "El arte de la mentira política. En VV.AA. (2011). *El arte de la mentira política*. Madrid: Sequitur. p. 22-65.
- BARBIER, F. y BERTHO, C. (1996). *Histoire des médias. De Diderot à Internet*. Paris: Armand Colin.
- BORDERÍA, E., LAGUNA, A. y MARTÍNEZ, F. A. (1996). *Historia de la comunicación social. Voces, registros y conciencias*. Madrid: Síntesis.

- BRIGGS, A. y BURKE, P. (2002). *A social history of the media. From Gutenberg to the Internet*. Cambridge: Polity.
- GUMUCIO-DRAGON, A. y TUFTE, Th. (comps.) (2006). *Communication for social change anthology*. New Jersey: CFSC.
- HILL, C. (1972). *The world turned upside down. Radical ideas during the English revolution*. London: Penguin, 1991.
- JEFFERSON, T. (1786). "To Dr. James Currie". En FORD, P. (ed.) (1904-1905). *The works of Thomas Jefferson, Vol. 4*. New York & London: G.P. Putnam's Sons.
- (1787). "Notes on the State of Virginia". En PETERSON, M. (ed.) (1984). *Notes on the State of Virginia: Thomas Jefferson*. New York: Library of America. p. 288-291.
- (1789). "Letter to Richard Price". En: BOYD, J. P. (ed.) (1958). *The papers of Thomas Jefferson, Vol. 14*. Princeton: Princeton University.
- (1798). "Drafts of the Kentucky Resolutions of 1798". En FORD, P. (ed.) (1904-1905). *The works of Thomas Jefferson, Vol. 8*. New York & London. G.P. Putnam's Sons.
- (1804). "To Mrs. Adams". En FORD, P. (ed.) (1904-1905). *The works of Thomas Jefferson, Vol. 10*. New York & London: G.P. Putnam's Sons.
- (1805). "Second Inaugural Address". En FORD, P. (ed.) (1904-195). *The works of Thomas Jefferson, Vol. 10*. G.P. New York & London: Putnam's Sons.
- (1811). "To James Ogilvie". En BERGH, A. (ed.) (1907). *The writings of Thomas Jefferson, Vol. XIII*. Washington D.C.: The Thomas Jefferson Memorial Association of The United States. p. 68-69.
- (1816). "To Colonel Charles Yancey". En FORD, P. (ed.) (1904-1905). *The works of Thomas Jefferson, Vol. 11*. New York & London: G.P. Putnam's Sons.
- (1823). "To Monsieur A. Coray". En LIPSCOMB, A. & BERGH, W. (eds.) (1901-1904). *The writings of Thomas Jefferson, Vol. 15*. Washington, D.C.: Thomas Jefferson Memorial Foundation.
- (1824). "Times and methods change but not the rights of man". En MAYO, B. (1970). *Jefferson himself: the personal narrative of a many-sided American*. Virginia: University Press of Virginia. p. 338-339.
- LEVY, L. (2004). *Emergence of a free press*. Chicago: Ivan R. Dee.
- MARX, K. (1842). "Los debates sobre la libertad de prensa y la publicación de los debates de la Dieta". En MARX, K. y ENGELS, F. (1987). *Sobre prensa, periodismo y comunicación*. Madrid: Taurus. p. 70-122.
- MARX, K. (1843). "Observaciones sobre la reciente instrucción prusiana acerca de la censura". En MARX, K. y ENGELS, F. (1987). *Sobre prensa, periodismo y comunicación*. Madrid: Taurus. p. 43-67.
- PIZARROSO, A. (coord.) (1994). *Historia de la prensa*. Madrid: Centro de Estudios Ramón Areces.
- SWIFT, J. (1710). "The Examiner, No. XIV". En VV.AA. (2011). *El arte de la mentira política*. Madrid: Sequitur. p. 67-81.

TIMOTEO, J. (1991). *Del viejo orden informativo. Introducción a la historia de la comunicación, la información y la propaganda en Occidente, desde sus orígenes hasta 1880*. Madrid: Actas.

WALLERSTEIN, I. (1995). “¿Tres ideologías o una? La pseudobatalla de la modernidad”. En *Después del liberalismo*. México D.F.: Siglo XXI, 2001. p. 75-94.

Los autores

Joan Pedro Carañana es doctorando en el programa Comunicación, Cambio Social y Desarrollo de la Universidad Complutense de Madrid. Miembro del Grupo de Investigación UCM Identidades Sociales y Comunicación.

Begoña Ballesteros Carrasco es doctora con Mención Europea en Comunicación, Cambio Social y Desarrollo por la Universidad Complutense de Madrid. Miembro del Grupo de Investigación UCM Identidades Sociales y Comunicación.

Daniel Franco Romo es doctor con Mención Europea en Comunicación, Cambio Social y Desarrollo por la Universidad Complutense de Madrid. Miembro del Grupo de Investigación UCM Identidades Sociales y Comunicación.